



La voz como fenómeno filosófico protagoniza este libro de **Anna Pagés**, que reúne también las aportaciones que un coro de nombres, de la literatura al psicoanálisis, han hecho al respecto

## La filosofía alza la voz, reflexiones sobre el poder de las palabras

por **PILAR GÓMEZ** A menudo se repite que Sócrates es el padre de la filosofía en Occidente y se repite sin pensar demasiado en quién... o qué fue. ¿Qué fue? La pregunta descoloca, pero hablamos de filosofía, el terreno más fértil para todo tipo de preguntas y, particularmente, las que descolocan, de modo que si la pregunta es qué fue Sócrates, la respuesta es una voz, la voz. Una voz en manos de Platón que se defendió a sí misma en la *Apología de Sócrates*; la voz más autorizada para hablar de amor en *El banquete*, donde lo hace con palabras de Diotima.

¿Hubiera sido igual la filosofía, la historia de la filosofía, si no se hubiera echado por tierra tan pronto la capital importancia de la voz, de la oralidad? ¿Cuál fue su papel a partir del destierro? «(...) la voz, como trayectoria vital, como una idea audible, ha sido engullida por la teoría filosófica, el sistema, el pensamiento y la obra. Más logos, menos voz», escribe Anna Pagés (Barcelona, 1965), doctora en Ciencias de la Educación y profesora en la Universidad Blanquerna/Ramon Llull, en *Queda una voz. Del silencio a la palabra*, donde invierte los términos y hace un examen oral a la filosofía: más voz, menos logos.

¿Cuándo nace la voz propia? ¿Se piensa igual en voz alta, por medio de un diálogo, que calladamente? «La voz es el pistoletazo

de salida de todo pensar», escribe Pagés. Es la versión sonora de ese amor por la sabiduría en que consiste la filosofía. Un amor que no se conforma con ser o estar callado, sino que quiere expresarse y ser dicho, que levanta la mano porque necesita ser compartido, en una imagen que le será conocida a Pagés como profesora. La autora recuerda en este punto a Elias Canetti que en *La lengua salvada* escribió: «Es propio del saber el querer mostrarse y no resignarse a llevar una existencia oculta (...) El saber que se manifiesta comunicándose a los demás es el saber bueno». Esa valoración moral entronca directamente con la lectura que la filóloga y filósofa Barbara Cassin hace de la voz en Aristóteles, relacionando así discurso y ética: «la voz tiene lugar para que el bien acontezca», escribe Pagés, recuperando palabras de Cassin.

Sócrates, Platón, Aristóteles... La voz en la filosofía tuvo un papel importante en la antigüedad que se desdibujó con los siglos y sobre el que han vuelto diversos creadores desde sus distintas disciplinas. Más de veinte siglos después, la poeta canadiense Anne Carson reelaboraba el discurso de Alcibiades en *El banquete*, ese que pronuncia el guapo de la época cuando llega tarde y borracho y se encuentra con Sócrates, aquel hombre desagradable a la vista



**ANNA PAGÉS**  
**QUEDA UNA VOZ**  
Herder. 168  
páginas. 14,90  
euros. Ebook:  
9,99 euros.

**¿LO ESCUCHAS?  
ES LA FILOSOFÍA**  
Estos días, Santiago Auserón presenta en Anagrama 'Arte sonora', un ensayo erudito sobre las sonoridades musicales que asistieron al alumbramiento de la filosofía en Grecia, y el año pasado, Ramón Andrés ganaba el Nacional con 'Filosofía y consuelo de la música' (Acantilado). Pagés se suma ahora a la recuperación de la perspectiva sonora en la historia del pensamiento con este ensayo que repasa la filosofía en clave de voz

pero con una voz capaz de provocar «un sentimiento salvaje, parecido a cuando bailas o a cuando te da un ataque al corazón», resume Pagés a partir del poema *Oh, What a night*.

En esta algarabía de voces que releen textos filosóficos o se lanzan con sus propias apreciaciones Lacan y Hélène Cixous revisan el caso Dora, del doctor Freud. Cixous lo reescribe en forma de teatro en la que la ausencia de voz de la protagonista se equipara a la ausencia de nombre propio: «Toda voz es propia. No existe una voz impersonal», escribe. Por estas páginas anda también Natalia Ginzburg, que en su *Léxico familiar* da cuenta de todas las expresiones, órdenes y gritos de su familia como reverso de su propia voz.

Y también Georges Perec, cuya voz estaba adormecida por el vacío torrente de palabras que le exigía a su analista. Hablando de voces no puede faltar Nietzsche y su particular coro. Si Sócrates escuchaba a su *daimon* –una especie de geniecillo interior que le servía de guía–, Nietzsche intentará acallar sus múltiples demonios vocingleros. Su intento tendrá su traducción en una obra fragmentaria y llena de exclamaciones «para demostrar que la filosofía también escucha voces que dice cosas o plantean preguntas, enredando todas las certezas para inventar otras», escribe Pagés.

Plessner, Jankélévitch, Barthes entran en el capítulo dedicado al canto; Rosenzweig introduce el dedicado a la voz del cielo y Foucault y Miguel Morey acompañan a Nietzsche, su locura y sus voces. En medio del filosófico vocerío queda una voz, la de la autora. Pagés también se deja oír. Habla, se dirige a una lectora y le cuenta cosas como que el libro es una especie de secuela del anterior, *Cenar con Diotima*; explica anécdotas con sus alumnos y recuerdos de infancia, como el de aquella niña que en un concierto familiar ya se hacía preguntada «sobre la voz cantante» y su verdad. **L**